

## Homilía del 1 de mayo de 2011

La última parte del Evangelio de hoy se centra en Tomás, uno de los apóstoles de Jesús. Cuando yo era pequeño, no creo que nunca oí a alguien hablar acerca de Tomás sin referirse a él como «Tomás el incrédulo». Parece que la gente de mi comunidad pensaba que su incredulidad sobre la resurrección era un pecado casi tan serio como la traición de Judas. Yo era un niño con muchas preguntas, y mis preguntas siempre parecían molestar a la gente. Mi madre solía decir que las primeras palabras de la mayoría de los bebés son «mamá» y «papá», pero mi primera palabra fue «¿por qué?» El mensaje que recibí de mi comunidad era que cuestionar y dudar eran iguales, y que yo no debía ser como Tomás, el apóstol incrédulo.

No estoy seguro cuando fue que ser *incrédulo* se hizo parte del nombre de Tomás, pero después de la Reforma Protestante en Europa del Norte llevada por Martín Lutero, Juan Calvino, y otros, en Europa del Norte y más tarde en los Estados Unidos, los católicos tenían miedo de los protestantes, y los protestantes tenían miedo de los católicos. Y luego llegaron una serie de ideas que asustaron a la gente aún más—la evolución, el modernismo, y el ateísmo. En tal contexto de miedo, hacer una pregunta acerca de la Biblia, de la Iglesia, o de Dios significaba que una persona estaba poniendo en duda las verdades básicas, y poner en duda la verdad era tener dudas sobre ella, y dudar era claramente el camino para alejarse de la Iglesia y de Dios.

Tomás, sin embargo, no es la única persona que dudaba en el Evangelio. El Evangelio según San Lucas nos da una historia notablemente parecida sobre los otros apóstoles. Cuando las mujeres dijeron a los apóstoles que Jesús había resucitado de la muerte, ellos «no les creyeron, y esta novedad les pareció puros cuentos» (San Lucas 24:11). Y cuando Jesús apareció a los apóstoles mismos, «Quedaron atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu». Jesús les dijo a todos: ««Miren mis manos y mis pies: soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo». (Y dicho esto les mostró las manos y los pies)» (San Lucas 24:37, 39-40).

¿Cuál entonces es el mensaje en el Evangelio de hoy? Contiene muchos, pero quisiera llamar nuestra atención a la interacción de Tomás y Jesús y a las implicaciones de su

interacción para nosotros.

Hoy en día mucha gente parece sufrir un crisis de fe, especialmente muchos jóvenes. Cuando uno de mis ahijados comenzó el programa de la confirmación hace unos pocos años y me pidió ser su padrino de confirmación, me dijo, «No te prometo nada. Voy a ver lo que es esta fe. No sé si quiero ser Católico o no». Cuando mi nieto me pidió ser su padrino de confirmación, también me dijo que no sabía si sería confirmado o no. Le pregunté, «¿Anthony, que significa la confirmación para ti?» Y me dijo, «Abuelito, para mí significa que prometo ser un cristiano católico para todo mi vida. Yo dije, “Hijito, tienes razón.” Y él me dijo, “No estoy seguro que tengo bastante conocimiento para prometer eso.” Tales sentimientos dan miedo a los padres o abuelos o padrinos. Aún más espantosa es la afirmación de tres jóvenes que crecieron en esta parroquia; se hacen llamar «ateos».

No puedo evitar preguntarme si el miedo de las preguntas, y nuestra tendencia de desanimar a los que cuestionan nos hayan llevado a este punto. Las preguntas son casi inevitables. Recuerdo cuando era un joven profesor, una de mis estudiantes vino a mi oficina para pedir ayuda con un ensayo que escribía. Mientras hablamos sobre su ensayo, me era obvio que ella no se podía enfocar en una idea. Cuando traté de ayudarla, ella dijo, «Me siento tan confundida. Crecí en una comunidad donde todos asistían a la iglesia y todos creían lo que creo yo. Pero tengo dos compañeras de cuarto que no parecen creer en nada».

Le pregunté, «¿Qué haces cuando tiene una pregunta?» Su respuesta fue, «Trato de no tener preguntas». Entonces le dije, «¿No te das cuenta que si ignoras tus preguntas cuando las tengas, todas vendrá de nuevo al mismo tiempo?» Rompió a llorar y dijo, «Ya me está pasando».

Me alegro de que mientras hacía yo mi propia búsqueda de la Verdad y una fe más profunda, encontré un dicho del Cardenal John Henry Newman y otro de Tennyson, un poeta británico del siglo diecinueve. El Cardenal Newman dijo, «Mil preguntas no hacen una duda,» y Tennyson dijo, «Hay más fe en una duda honesta, créanme, que en

la mitad de los credos».

En el Evangelio de hoy Jesús trata a Tomás con benevolencia. Tomás expresa su incredulidad: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Pero observen a la respuesta de Jesús. Si es una reprimenda, es una reprimenda suave: «Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree». Y Tomás evidentemente ya no necesita la prueba que pensaba necesitar. El Evangelio no menciona que Tomás toque a Jesús sino que Tomás responde inmediatamente, «¡Señor mío y Dios mío!» ¿Cómo puede cualquiera de nosotros crecer en nuestra fe si no hacemos las preguntas y si no buscamos para saber y entenderla?

Observen que Jesús continúa hablando a Tomás, pero su última declaración parece dirigida hacia nosotros, que no hemos visto a Jesús en su carne humana. Después de decir a Tomás, «Tu crees porque me has visto,» Jesús continúa, «[Dichosos] los que creen sin haber visto». Y ahora el escritor del Evangelio se dirige a los que no han caminado y hablado con Jesús y que no han visto al Cristo resucitado: «Otras muchas señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritas en este libro. Se escribieron éstas para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre».

Con esta fe por la cual tenemos la vida en su nombre, sin embargo, viene una llamada. Nosotros fuimos llamados así como los apóstoles fueron llamados. Como los apóstoles y aquellos que en principio siguieron «las enseñanzas de los apóstoles,» todos nosotros estamos llamados para compartir nuestra fe. No podemos compartir una fe que no conocemos. En su primera carta San Pablo escribió: «[Estén] siempre dispuestos para dar una respuesta a quien les pida cuenta de su esperanza, pero háganlo con sencillez y deferencia . . .» (I Pedro 3:15-16). Que el querido Señor nos de la perseverancia para conocer nuestra fe y el coraje para compartirla.